

MANIFESTACIONES FILOSÓFICAS DE LA GENERACION DEL 80: "LA METAFÍSICA DE AMEGHINO"

DIEGO F. PRÓ

I. *La filosofía de la generación de 1896*

El desarrollo del positivismo filosófico en la Argentina comprende la generación de 1880, y se extiende también a la siguiente, la de 1896. Es común que se reúnan ambas generaciones con el nombre de la generación del 80. Sin embargo, constituyen dos generaciones distintas y con aspectos culturales y filosóficos propios. No son razones puramente cronológicas las que las separan. Se diferencian filosóficamente dentro del ámbito de la filosofía positiva. Los hombres de la generación de 1896 constituyen una pléyade cumulativa, para usar una expresión de Ortega y Gasset. Filosóficamente cultivan lo que ellos llaman la filosofía científica y que suele calificarse de filosofía cientista o científicista. Son hombres que conciben la relación entre ciencia y filosofía de un modo diferente a los clásicos y los filósofos que siguen a Kant. Para los clásicos, desde Platón y Aristóteles hasta Leibniz, la metafísica establecía los fundamentos de las ciencias, el horizonte y los parámetros de las mismas, y, por cierto, era anterior a ellas. Para Kant la filosofía y las ciencias tienen que justificar sus títulos de validez delante de la teoría del conocimiento. El positivismo sostiene que la filosofía tiene que fundarse en las ciencias, es una ciencia de las ciencias y es posterior a ellas. En el cientismo esta actitud se lleva a sus últimas consecuencias. Se elabora un tipo de metafísica que se apoya en los conocimientos más generales

de las ciencias y en sus hipótesis más abarcadoras. El saber científico (estudio descriptivo, causal, sistematizado y legal de los objetos) se apoya en la observación y la experimentación, y tiene la experiencia espacio-temporal como horizonte de la realidad. No es este último concepto, referencial e histórico, sino que adquiere sesgos de absolutez. Los hechos son dados en el espacio y el tiempo y no se advierte la elaboración que hace con ellos el hombre de ciencia, tal como lo había señalado Kant. La metafísica cientista, que como toda metafísica pretende alcanzar lo absoluto, sale de ese ámbito de la realidad experiencial para interesarse en la realidad in experiencial, y para ello echa mano de inferencias racionales y especulativas, hasta llegar un momento en que lo reflexionado y pensado es enormemente mayor que los elementos observados y conocidos científicamente. La metafísica aparece como la complementación filosófica de la ciencia. Tal complementación se realiza hipotéticamente y presenta un presupuesto básico: el supuesto de que la realidad desconocida (que es más extensa que la conocida se comporta de la misma manera que la conocida. La estructura de lo que no conocemos es igual a la de lo que conocemos.

Esta filosofía cientista, que es característica de la generación de 1896, es la que encontramos en *Mi credo filosófico* de Ameghino. Y ello a pesar de que por razones de cronología el autor pertenecía a la del 80: había nacido en 1854 y murió en 1911. La ubicación generacional se explica porque el eminente paleontólogo tuvo una tardía y autodidáctica formación filosófica que coincide con las de los hombres de la promoción de 1896. En los años finiseculares y comienzos del nuestro, el cientismo impregna todas las manifestaciones culturales: la filosofía, el derecho, la psicología, la sociología, la educación, la historiografía, las letras y las artes. Los hombres de esta generación nacieron alrededor de 1866 y comienzan su preparación durante los años de actuación de la generación del 80.

Hacia 1900 Horacio Piñero difunde la psicología experimental y fisiológica, y funda en la Facultad de Filosofía y Letras el primer laboratorio de psicología experimental. Wundt, Ribot, Ebbinghaus,

Kraepelin, Kraff-Ebbing, Sergi, Moreselli, fueron autores conocidos por esta promoción de gentes. José Ingenieros, Carlos Rodríguez Echart, Carlos Octavio Bunge y Enrique Mouchet prolongaron esta orientación hasta 1925, para señalar una fecha. En el campo de las ciencias jurídicas, las figuras representativas son Carlos Octavio Bunge, autor de *La Droit c'est la force*, una obra, muy conocida en su época: Joaquín V. González, ilustre constitucionalista argentino, que escribió un tratado sobre la Constitución argentina; José Nicolás Matienzo, historiador del derecho y profesor de lógica en la Facultad de Filosofía y Letras; Rodolfo Rivarola, distinguido jurista, con un volumen de escritos jurídicos. Entre los historiadores figuran Ernesto Quesada, Juan Agustín García, el padre Larrouy. Entre los etnógrafos y antropólogos, Félix Outes, Juan B. Ambrosetti; y entre los pedagogos y psicólogos, Mercante, Alfredo Ferreyra, Leopoldo Herrero, Rodolfo Senet, Pablo Pizzurno, para mencionar los más influyentes.

Dentro de la promoción de 1896, hay muchos matices, que van de un cientismo ortodoxo, de bases biólogos, como en Horacio Piñero, Carlos Octavio Bunge y José Ingenieros, hasta un científicismo muy diluído, con influencias idealistas aunque superficiales, de Schopenhauer y Hegel, en autores como Juan Agustín García, sobre un fondo filosófico con ideas de Taine, Renán y Le Bon. En algunos de ellos se advierte el esfuerzo por salir del clima de la llamada filosofía científica para arribar a la metafísica y la comprensión del fenómeno religioso. Es lo que ocurre con Joaquín V. González y su obra *Ideales y caracteres*. Una situación especial tiene Alejandro Korn (1860-1936), que por la cronología y la formación juvenil pertenece a la generación de 1896, y que consigue salir de las ideas de esa generación, para convertirse en uno de los mentores y guías de la generación siguiente, la del Centenario o de 1910. Constituye un puente entre ambas generacioies, con una posición filosófica que afirma la independencia de la filosofía tanto de la ciencia como de la teología. Ni cientismo ni teologismo. Quiere la filosofía como axiología y sin metafísica, y la ciencia como interpretación matemática

de la experiencia, y por aquí conserva algunos resultados del cientismo.

Entre los nombres y las fechas que limitan la vida de los hombres de la generación de 1896, figuran los siguientes: Juan Agustín García (1862-1923); Joaquín V. González (1863-1923); Julián Martel (1867-1896); Agustín Alvarez (1868-1913); Juan B. Ambrosetti (1865-1917); Martín García Merou (1877-1925); José Nicolás Matienzo (1860-1936); Norberto Piñero (1858-1938); Ernesto Quesada (1858-1934); J. Alfredo Ferreira (1863-1938); José Ingenieros (1877-1925); Víctor Mercante (1870-1934); Rodolfo Senet (1872-1938) y muchos más.

Esta generación deja un puñado de libros importantes, entre los que destacamos: *Principios de psicología biológica*; *Sociología Argentina*; *Evolución de las ideas argentinas*; *Hacia una moral sin dogmas*, todos de Ingenieros. De Carlos Octavio Bunge hay que recordar dos libros importantes: *Nuestra América* y *Escritos filosóficos*. Juan Agustín García escribió *La ciudad indiana*; *Sobre nuestra incultura*; *Caracteres Snobs*. Entre las obras de Joaquín V. González, además de su *Manual de la Constitución Argentina*, hay que recordar *Tradición Nacional*. De Víctor Mercante es importante su obra *Crisis de la pubertad* y de Rodolfo Senet su libro *Psicología de la niñez y la adolescencia*.

2. *La metafísica de los sabios*

En la corriente positivista hay que distinguir el positivismo europeo clásico representado por Comte, Spencer y Darwin, de la filosofía cientista posterior (cientificismo), que tiene principales representantes a Haeckel, Le Dantec, Ostwald, Duhem, Mach, Ardigó y otros más. La filosofía de Comte se caracteriza por su pluralismo metafísico, su fenomenismo en materia de conocimiento y su decidido acento sociológico. La filosofía de Spencer constituye un evolucionismo mecanicista, con sus principios de la conservación de la materia y la energía. Según estos principios la materia y la energía sólo sufren cambios o transformaciones, pero la cantidad de materia y de energía permanece

la misma. Spencer sostiene un energetismo monista, a diferencia de Comte.

Por cierto, Darwin desarrolló sin mucha conciencia filosófica un positivismo biologista. Como cada especie se deriva de la inmediata anterior, el hombre reconoce como antepasado al mono, pero Darwin se encuentra con la falta de un eslabón que dé continuidad a estas últimas especies y se ve en la necesidad de afirmar que este tipo intermedio ha desaparecido.

Frente a las críticas que formulan al positivismo clásico las filosofías de la vida (Nietzsche, Driesch, Bergson, Landberg) y el espíritu (Eucken), las objeciones de los epistemólogos (Poincaré, Meyerson, Boutroux) y los axiólogos (Stallo, Rieckert, Windelband), la filosofía positiva trata de resolver sus problemas internos y busca la comprensión de la metafísica y el fenómeno religioso. Es un movimiento que intenta salir del positivismo craso con las mismas armas del positivismo. Sus principales figuras son casi siempre hombres de formación biológica. Haeckel, Le Dantec y Ardigó fueron las que más influencia ejercieron entre los hombres de la generación de 1896 en la Argentina. A ellos hay que sumar la de algunos biólogos y psicólogos italianos: Sergi, Morselli, Lombroso, Ferri.

La metafísica de los socios (la de un Haeckel, Le Dantec y en nuestro caso, la de un Ameghino) cambian la relación clásica entre la filosofía y la ciencia, a que aludimos más arriba. Desde Platón y Aristóteles hasta Leibniz y Wolff, la metafísica era un saber de los principios, los fundamentos y las causas de toda la realidad. Esta disciplina trazaba el horizonte dentro del cual trabajaban las ciencias particulares. La metafísica era así saber fundante y anterior al de las ciencias empíricas. Con Kant la teoría del conocimiento pasa a ocupar el lugar preferente. Tanto la metafísica como las matemáticas y la física tienen que presentar sus títulos ante la gnoseología. En el positivismo y en la filosofía científica, son las ciencias positivas las que constituyen el modelo del conocimiento. La metafísica no se encuentra antes de esas ciencias, sino después de ellas. Se limita a proponer una interpretación provisoria de la realidad, formada con las hipótesis

más generales de las ciencias empíricas o positivas. El cientismo no niega la metafísica, sino que la subordina a la ciencia. Aquélla resulta así "ancilla scientiae". No lleva una vida de relación autónoma, sino de dependencia.

Para elaborar su imagen provisoria del universo, la filosofía cientista extiende el conocimiento de la experiencia, el conocimiento de lo ya conocido a lo inexperiencial, a lo desconocido. Entiende que el campo de la experiencia se va ampliando cada vez más por el esfuerzo de las ciencias y que lo inexperiencial va entrando progresivamente en el terreno de lo experiencial. La metafísica propone hipótesis sobre la realidad inexperiencial. A medida que avanzan las ciencias, se ensancha el campo de lo experiencial, lo que era objeto de hipótesis metafísica se transforma en saber científico.

Claro está que por debajo de esta concepción de la relación entre metafísica y ciencia, hay algunos supuestos no probados por la filosofía cientista. El primero de ellos es la idea de que la realidad experimental y la realidad inexperimental son de la misma naturaleza y se comportan de la misma manera. El segundo de los supuestos es la convicción de que es legítimo extender el conocimiento de lo conocido a lo desconocido, en la suposición de que esto último es de la misma naturaleza que lo primero.

La metafísica de los sabios de esta época situada en el pasaje del siglo XIX al XX, procedían de la misma manera que en algunas ciencias particulares. En arqueología con los restos de los cimientos de una vivienda antigua, se reconstruye toda una construcción. En paleontología se procede de manera semejante: a partir de restos fósiles (cráneos, vértebras, femurs, etc.), se reconstruye el esqueleto del animal. O, con un ejemplo de la etnografía, como los esquimales, que con las huellas que deja un animal en la nieve, saben de qué clase es, su tamaño, su rumbo, etc. Esta actitud metódica, perfectamente justificada en las ciencias aludidas, no lo es, en cambio, en metafísica. Aquí no podemos extender el conocimiento de lo conocido a lo desconocido, porque caemos en una extrapolación lógica. En las ciencias no se sale de lo verificable y comprobable en el respectivo campo de

trabajo. La metafísica del cientismo sale del dominio de lo experimental. ¿Qué es, en efecto, lo reducido del conocimiento científico comparado con lo que no conocemos, con los grandes enigmas del universo, el orden de la vida y del mismo universo? ¿Cómo conocer con un segmento el círculo inmenso y misterioso? Con la complementación de las verdades principales de ciencia, responde la filosofía cientista. Pero hay que advertir que esta complementación se realiza hipotéticamente. Transitamos de la parte al todo, trasladando a éste lo que corresponde a aquélla. Es lo que se llama "extrapolación", esto es, afirmar de lo que no conozco lo que conozco. En el fondo de esta inducción hay, como queda dicho, un postulado: la estructura de lo inexperiencial es idéntica a la de lo experiencial. Pero esta identidad de estructura, ¿en virtud de qué la afirmo? ¿Por la experiencia? No, puesto que es mínima la realidad observada si la comparamos con el todo. De aquí resulta que la filosofía cientista (científica o científicista) es esencialmente racionalista. Si filosofía científica significa apoyarse en la observación y la experimentación, resulta científica en mínima parte.

En la filosofía de los sabios hay que distinguir el método de la doctrina. El método científico es válido en el campo de las ciencias. Nadie discute esto. Pero otra cosa es considerar la filosofía cientista como doctrina, como puede ser excelente la calidad del piano y pésima la partitura que en él se ejecuta.

Por otra parte, estas metafísicas de la ciencia proceden por simplificaciones, identificaciones y reducciones. Suprimen las diferencias. Avanzan así de la vida psíquica a la vida biológica, a la que reducen aquélla; de la vida biológica a los procesos físico-químicos y de éstos a las manifestaciones de una energía única. Arriban de este modo, por supresión de las diferencias, a un energetismo, a un monismo de la energía de éste o aquel carácter: eléctrico, magnético, etc. En realidad, las cosmovisiones o imágenes de la realidad propuestas por la filosofía científica encierran siempre una criptometafísica, muchas veces de antigüedad milenaria.

3. *La educación filosófica de Ameghino*

La figura de Ameghino plantea un problema de ubicación generacional. Algo queda dicho precedentemente. Lo común es que se lo sitúe dentro de la generación del 80. Así han procedido Rojas, Korn, Alberini, Ricaurte Soler y otros. Si nos atenemos a las fechas cronológicas ese criterio es correcto. Pero ocurre que el ilustre paleontólogo y antropólogo llegó tarde a la filosofía. Fue un autoridacto, con todas las ventajas y desventajas que esta formación tiene. Si atendemos a razones filosóficas, a las influencias de Haeckel en Ameghino, hay que situarlo en la promoción de 1896.

La información biobibliográfica es ilustrativa acerca de lo dicho. Nació en Luján Ameghino en 1854, el 18 de setiembre y falleció en la ciudad de La Plata el 6 de agosto de 1911, a los 57 años, en plena madurez. Inició sus estudios en la escuela de su pueblo natal y tuvo como maestro a Carlos D'Aste (1864-1967). Recordamos el nombre de este benemérito educador, que enseñó además francés al pequeño alumno, con lo que Ameghino pudo leer más tarde a Lyell y a Burmeister, y lo hizo ingresar en la Escuela Normal de Preceptores de Mercedes donde obtuvo el título de maestro elemental, única graduación de su carrera autodidáctica. En 1869 lo nombraron, a los 15 años, preceptor en Mercedes, cerca de Luján. Se aplicó al estudio de la paleontología. De aquellos años, 1875, datan algunos artículos suyos en periódicos de la zona, entre la mofa de los vecinos y el desdén de Burmeister. En 1880, a los 26 años, da a conocer *Antigüedad del hombre en el Plata*. En 1878 viajó a Europa llevando algunas colecciones paleontológicas que había logrado reunir en sus investigaciones. Trabajó en Francia con Gervais, Guatrefages, Mortillet, Haver, Cope y otros célebres hombres de ciencia de la época. A su regreso continuó con sus trabajos. En 1882 publicó *A la memoria de Darwin; Filogenias principios de evolución transformista basado sobre las leyes naturales y proporciones matemáticas*, en 1884. La nómina de sus publicaciones comprende 170 títulos, entre los que figuran: *Costrucción al conocimiento de los mamíferos fósiles de la República Argentina*, 1889; *Recherches morphologie philogénétique sur les mo-*

lares supérieurs des Ungulés, 1904; *Les formations sédimentaires du crétacé supérieur et du tertiaire de Patagonie*, 1906; *Notas preliminares sobre el tetraprothomo argentinus*, 1907; *Le Diprothomo Platenensis, un precursor de l'homme du pliocène inférieur de Buenos Aires*, 1909, *Geología, paleogeografía, paleontología, y antropología de la República Argentina* 1910; *Origen poligénico del lenguaje* (póstuma). Su aportación a la paleontología fue muy importante: dio a conocer mil especies paleontológicas nuevas. Hizo investigaciones geológicas en esta parte de América. Formuló leyes matemáticas sobre la evolución zoológica y planteó discutidas hipótesis de antropogenia.

Como dijimos Ernesto Haeckel (1843-1919) tuvo influencia decisiva sobre Ameghino. Haeckel fue el más decidido partidario de Darwin. Publicó antes que éste su obra *El origen del hombre*. Darwin no se había animado a plantear esta discusión temiendo sus efectos morales y religiosos; sólo lo hizo más tarde. Haeckel publicó, entre otras obras, su *Antropogenia*, y se le considera el fundador de la Filogenia. Según esa interpretación, el hombre desde su fase fetal hasta que alcanza su desarrollo completo, cumple una evolución que corresponde a la evolución total de la escala zoológica, pues entre ambas hay fases paralelas; así un niño antes de nacer se parece al mono, que es el antecesor inmediato del hombre en la escala zoológica.

En su obra *Los enigmas del universo*, Haeckel sostiene un materialismo metafísico: el único ser necesario es la materia eterna. El origen de todos los seres vivientes lo encuentra en la "Monera", compuesto espontáneo de azoc, hidrógeno, oxígeno y carbono. Tras una primera condensación, la monera se transforma en el "nucleus", y así por obra de transformaciones sucesivas llega a ser el antropopiteco y por último el hombre. Establece el investigador alemán 22 intermediarios, que describe según los fósiles, modificando un tanto la forma de algunos de ellos y sustituyendo los que faltan en la cadena mediante otros imaginados, que afirma que han existido en realidad. Haeckel enunció la ley biogenética a que aludimos antes: la evolución ontogenética (historia natural del individuo) es el compendio acelerado de la evolución filogenética (historia natural de las espe-

cies). Según esta ley podríamos saber lo que el hombre salvaje, observando la conducta del niño. Pero la herencia, el ambiente, la educación vuelven imposible esta comprobación.

4. *Los primeros principios de Ameghino*

En su libro *Mi credo filosófico*, Ameghino establece cuatro principios de toda la realidad. De ellos provienen todos los seres y encausan todas las manifestaciones de la naturaleza y la vida humana. Esos principios son los siguientes: la materia, el espacio, el tiempo y el movimiento. En su obra leemos: "Concibo el universo como constituido por un infinito tangible; y tres infinitos inmateriales: espacio, tiempo y movimiento" (1). La materia y el espacio tienen la relación de contenido y continente.

Cada uno de estos principios es interpretado por Ameghino dentro de los lineamientos de la filosofía cientista. "(La materia —escribe— es la substancia palpable que llena el universo y no podemos figurárnosla sino ocupando espacio, es evidente que la porción de espacio ocupada por un átomo de materia no puede ser a la vez ocupado por otro. La materia no tuvo principio, ni tendrá fin. Que es indestructible es evidente, puesto que no es concebible la posibilidad de sacarla fuera del espacio" (2). Ameghino maneja aquí los conceptos de conservación de la materia e infinitud del espacio de la física clásica.

El segundo principio, el espacio, "es una realidad puesto que en el universo es lo único inmóvil, perenne, inmutable, sirviendo de receptáculo a la materia. Concebir algo que sea menos que el espacio o que se encuentre fuera de él, es un imposible" (3). El espacio es un principio entitativo, que existe por sí, no es simplemente una relación entre los cuerpos.

1. F. AMEGHINO: *Mi credo filosófico*, en el vol. *Doctrinas y descubrimientos*. Pág. 216. Edic. "La cultura argentina". Buenos Aires. 1917.

2. F. AMEGHINO: *Ibidem*. Pág. 216.

3. F. AMEGHINO: *Ibidem*. Pág. 216.

El tercer principio de la metafísica de Ameghino es el tiempo. De éste escribe: "Como inseparable del espacio tenemos el intangible infinito tiempo, que podemos definir como la sucesión infinita de la nada corriendo paralelamente a las sucesivas fases de la eterna transformación de la materia" (4). El tiempo es un principio originario, por sí, que encausa temporalmente el universo y sus acontecimientos. Está en el origen de toda la realidad. No necesita de la conciencia humana para ser principio.

El cuarto principio infinito es el movimiento, que, aunque material para Ameghino, a diferencia del infinito tiempo, es sensible y tangible. (5)

El cosmos es el conjunto de los cuatro infinitos mencionados: es el inmutable infinito espacio, ocupado por el infinito materia en infinito movimiento en la sucesión del infinito tiempo.

Según se advierte, como estos principios son irreducibles entre sí, hay un pluralismo ontológico en la cosmología de Ameghino. Sin embargo, ese pluralismo no es óbice para una interpretación monista y energética de la materia, ésta es del primer principio cosmológico y metafísico.

5. *Monismo energético y evolucionismo mecánico*

La materia está constituida, según Ameghino, por partículas llamadas átomos, tan excesivamente pequeñas "que, por ahora, el hombre es impotente para aislarlas. Los átomos son impenetrables unos a otros: los concibo como siendo todos iguales en densidad, forma y tamaño, y dotados de la misma cantidad de movimientos. Por la reunión de los átomos en grupos más o menos complejos se forman todos los cuerpos aparentemente tan distintos que nos rodean, incluso los llamados elementos, que se consideran simples porque no se ha conseguido descomponerlos". (6)

4. F. AMEGHINO: Ibidem. Pág. 217.

5. F. AMEGHINO: Ibidem. Pág. 217.

6. F. AMEGHINO: Ibidem. Pág. 217.

Pero Ameghino no es un materialista al modo del siglo XVIII. Es energetista y monista, porque afirma que la energía existe independientemente de la materia. Fuerza, movimiento y energía son términos distintos para designar la misma realidad. Fuerza, luz, calor, electricidad, se transforman unos en otros: son distintas formas del movimiento. Es decir, que todos los fenómenos físicos del universo son manifestaciones de una única energía, que constituye el fondo último y radical de toda la realidad. La cantidad de energía esparcida en el universo corresponde a la suma de los átomos y en su conjunto es siempre la misma y de igual intensidad. Es tan solo susceptible de cambiar de dirección.

Otro carácter de la metafísica de Ameghino es su evolucionismo mecánico. La transformación y la evolución de la materia obedecen a dos movimientos mecánicos de igual intensidad: uno concentrante y otro radiante. En el primero, en la evolución concentrante, que es progresiva, "la materia marcha hacia una mayor densidad, acompañada de una absorción correspondiente de movimiento: se diversifica volviéndose de más en más heterogénea y adquiere constantemente mayor complejidad. El movimiento activo absorbido pasa al estado pasivo, latente o potencial y actúa bajo la forma atractiva (atracción)". (7) Por su parte, la evolución radiante es regresiva. "La materia marcha hacia una mayor ratificación, acompañada de una irradiación proporcional de movimiento y adquiere una mayor simplificación volviéndose de más en más homogénea". (8) El movimiento concentrado al estado potencial, señala el autor, vuelve a su actividad primitiva, transformándose de pasivo y atractivo en activo y repulsivo (repulsión).

Según se infiere de lo dicho, el evolucionismo de Ameghino es mecanicista. Las fuerzas que mueven la realidad tanto en sentido evolutivo, son mecánicas: concentración de energía, radiación de energía, atracción, repulsión, etc.

7. F. AMEGHINO: *Ibidem*. Pág. 218.

8. F. AMEGHINO: *Ibidem*. Pág. 218.

Ameghino enmienda a Newton cuando dice que la ley de atracción no es más que un corolario mucho más simple de esta ley que establece su *Credo filosófico*: “La intensidad del movimiento está en relación inversa a la diversidad de la materia”. Hay mundos en formación y mundos en disolución, estado de equilibrio que siempre ha existido y siempre existirá. Para que unos mundos puedan formarse otros tienen que disolverse. Cuando la materia llega al último límite de concentración, empieza el movimiento inverso de radiación.

Los estados de los cuerpos son el resultado de ese doble movimiento concentrante y radiante. Entre el estado lúcido o etéreo y el estado sólido, existen todos los estados intermedios y se transforman pasando de uno al otro. Calentando un sólido toma el estado líquido y luego el gaseoso: por enfriamiento o presión transformamos, a su vez, el gas en líquido y luego en sólido. Y si no podemos dar a la materia, escribe Ameghino, los estados ígneo, lúcido o etéreo, se debe únicamente a que todavía no disponemos de agentes suficientemente poderosos para realizar esas transformaciones.⁽⁹⁾

6. *Concepto y estructura de la materia.*

El concepto de materia de Ameghino significa “la sustancia palpable que llena el universo y que no podemos figurárnosla sino ocupando espacio”. Llama la atención el origen táctil de este concepto de materia: sustancia palpable.

La estructura de la materia es compleja. Tiene el sabio una concepción muy personal de la estructura de la materia y del átomo, que no coincide ni con las teorías científicas de su época ni con las de la antigüedad griega. Parte sí de los resultados de la química de su tiempo cuando dice que cuando se combinan dos elementos, no son los átomos del uno y del otro los que entran en combinación, sino agrupamientos de átomos, o sea de moléculas, que se disponen en otra forma, y como los compuestos pueden formar sucesivamente nue-

9. F. AMEGHINO: *Ibidem*. Pág. 219.

vas combinaciones, es claro que las moléculas primitivamente más simples se reagrupan nuevamente de otra forma para constituir otras más complicadas. Por otra parte, es evidente que a cada estado de la materia corresponde un agrupamiento molecular distinto". A partir de allí, Ameghino entra en una interpretación de lo inexperiencial, que tiene valor puramente especulativo o metafísico, en la acepción amplia de este término. A cada estado que experimenta la materia, corresponde un cambio del agrupamiento molecular. Las moléculas del estado lúcido las llama *prosotes*, que constituyen los *prosóteros*, cuerpos muy alejados y anteriores a los que conocemos como elementos de la química. Los reagrupamientos concentrantes de los prosotes son los *maristes*, que en realidad son los proto elementos que se combinan para formar los elementos. Los agrupamientos moleculares del estado gaseoso, son los *pneumotes*; los del estado líquido, los *higrotetes*; los del estado sólido, estereotes; los de la materia viva, basibios; neuronas, los de la materia pensante"¹⁰.

En resumen: la concepción de la materia en Ameghino tiene los rasgos del mecanicismo, es analítica, especulativa y sin base experimental. En última instancia explica la transformación de la materia, los fenómenos físicos y químicos, por los movimientos concentrantes y radiantes de la energía. Se trata de un monismo energético como ya dijimos.

7. Cosmología

La cosmología de Ameghino la podemos concentrar en este pasaje de su *Credo filosófico*: "Si los átomos son penetrables. De esta penetrabilidad resulta que los distintos estados de la materia coexisten contenidos los unos con los otros. Las vacuidades interatómicas, son el espacio, el vacío. Los prosotes de la materia lúcida dejan entre sí interespacios en los cuales circulan los átomos de la materia etérea". Bien se advierte que Ameghino, que concibe el espacio como realidad

infinita, lo mismo que Newton, necesita de la teoría del éter como medio de la propagación de la luz. Son exigencias puramente racionales, que la física de la época no estaba en condiciones de verificar experimentalmente, y que posteriormente ha abandonado.

“Los pneumotes —prosigue el texto— de la materia gaseosa dejan interespacios en los cuales circulan los prosotes y los átomos. Las moléculas más complejas del estado líquido, los higrotos, dejan interespacios en los cuales circulan los pneumotes; entre los estereotes de la materia sólida hay interespacios en los cuales circulan los higrotos de la materia líquida, y como sucesivamente encajados unos en otros, todos los demás agrupamiento moleculares subordinados hasta el átomo. De donde se deduce que los espacios existentes entre los grupos moleculares, son tanto más considerables cuanto más aumente el grado de complejidad de las moléculas. Esta es una verdad desde el átomo al prosote; desde éste a los pneumotes, higrotos y estereotes; desde los satélites a los planetas, de éstos a los soles o estrellas, de las estrellas a las constelaciones, de las constelaciones a las nebulosas... y desde éstas hasta aquello que está muchísimo más allá y que todavía no conocemos”¹¹.

Complementan los lineamientos de la cosmología de Ameghino estas otras reflexiones: “Es así como se mueven las estrellas en las constelaciones, los planetas entre las estrellas, los satélites entre los planetas; así es como la materia líquida se mueve en el interior de la materia sólida, la materia gaseosa en el interior de la materia líquida, la materia lúcida en el interior de la materia gaseosa y la materia etérea en el interior de la materia lúcida”. El autor nos advierte que si esta concepción del universo resultara exacta, habría que interpretar de un modo distinto de como se hacía en su tiempo los fenómenos físicos, químicos y biológicos, como así también los cósmicos. En una nota el autor nos dice: “Por no citar más que un ejemplo, los planetas, los satélites, etc., en vez de representar masas de materia desprendidas sucesivamente de la masa solar, representarían otros tantos centros de

11. F. AMEGHINO Ibidem. Págs. 221-222.

condensación independientes. Por otra parte, si el movimiento de nuestro sistema planetario fuese concentrante, las órbitas de los astros que lo constituyen estarían en un proceso de reducción gradual y los planetas estarían acercándose gradualmente al sol, en el cual caerían sucesivamente unos tras otros con el andar infinito del tiempo”¹². Más adelante escribe: “Las diferencias de densidad de los elementos desaparecen gradualmente a medida que se pasa de un agrupamiento molecular de orden superior, o más avanzado en la evolución, a un agrupamiento de orden inferior o menos avanzado en el proceso hacia la mayor densidad. Es la prueba matemática, absolutamente exacta, de que todos los elementos son múltiplos del átomo de la materia única fundamental: el éter”¹³.

En la cosmología de Ameghino, que es mecanicista como queda dicho, el espacio y el tiempo son dos enormes continentes que contienen la materia y el movimiento. El espacio es una entidad que tiene existencia objetiva, de manera que las cosas están dentro del espacio. Con el tiempo ocurre lo mismo. Lo mismo que Newton, Ameghino sostiene que las cosas transcurren dentro del espacio y el tiempo, pero el espacio y el tiempo no transcurren. Hay más: Ameghino afirma que la materia única fundamental es el éter. Cuando los físicos clásicos sintieron horror al vacío inventaron la hipótesis del éter, un medio inmóvil y homogéneo, que permitía explicarse la propagación y la velocidad de la luz. Es decir, que Ameghino parte para para la elaboración de su cosmología de los grandes supuestos de la física y la cosmología de Newton.

En la cosmología de nuestro autor encontramos los rasgos de la metafísica de los sabios y de la filosofía centista. Hay en ella un mínimum de ciencia; lo demás es complementación racional e imaginativa. Para Ameghino la filosofía es la complementación hipotética de los datos de las verdades o hipótesis principales de la ciencia. Los prosates, pneumotes, higrotes, esteotes son conceptos metafísicos, en

12. F. AMEGHINO; *Ibidem*. Pág. 222.

13. Florentino AMEGHINO; *Ibidem*. Pág. 223.

prosotes, pneumotes, higrotes, esteotes son conceptos metafísicos, en el sentido etimológico de la palabra metafísica, y con ellos se quiere explicar la estructura del universo y de la materia, los planetas, las estrellas, las constelaciones, las nebulosas y "hasta aquello muchísimo más allá que todavía no conocemos". Todo este edificio especulativo es resultado de la fantasía científica y de la especulación racionalista, sin fundamento en la observación y la experimentación realmente científica. Ameghino se comporta aquí como un Hércules de la deducción infinita y abstracta. Las extrapolaciones lógicas abundan en demasía. No sin ironía podemos decir que, en la cosmología de Ameghino, hay de todo... y también ciencia. Esta concepción de la realidad resulta así pseudopositiva y pseudo científica.

8. *Teoría del conocimiento y evolución de las leyes*

La teoría del conocimiento de Ameghino es la de la filosofía cientista. Sólo se conoce lo observable y experimentable, lo que se da en el espacio y el tiempo, y es susceptible de medición matemática. El autor no se plantea el problema del conocimiento en el terreno epistemológico. Se deja llevar por el impulso de las ciencias de convertir el hecho científico en ley, o sea en afirmación general. A la velocidad adquirida por Haeckel suma la suya propia.

¿A qué llama Ameghino ley científica? Responde así: "Las que llamamos leyes naturales, eternas e inmutables, con excepción de las muy pocas que rigen los infinitos, no tienen nada de eterno y tienen muy poco de inmutable: se han constituido por sí solas buscando el equilibrio y persisten tanto cuanto duran las condiciones del movimiento que las han creado"¹⁴. Es decir, que las leyes científicas no son simplemente relaciones métricas que establece el pensamiento científico. Ellas existen en la realidad, en la naturaleza, y cambian y se transforman con la evolución del universo. Sólo escapan a esta mutabilidad las leyes que rigen los cuatro infinitos. El autor reafirma esta índole de las leyes cuando dice: "Llamamos leyes naturales a

14. F. AMEGHINO: *Ibidem*. Págs. 224-225.

los diferentes modos de equilibrio que resultan de la lucha del movimiento concentrante con el movimiento radiante; roto el equilibrio la ley falla, cesa, para dar lugar a otro modo de movimiento, a otro modo de ser, a otra ley. Como las humanas, como las sociales, las leyes naturales también evolucionan”¹⁵. La interpretación mecanicista de la cosmología de Ameghino vuelve en su interpretación de las leyes naturales. También éstas son mecánicas, según se lee en el pasaje transcrito. Hay un evolucionismo de Spencer, cuyos pasos son también mecánicos. Ameghino parece no haberse planteado esta dificultad: si las leyes cambian y se transforman con la evolución, ¿cómo conocer y expresar las leyes del pasado?

9° *Biología. Mecanicismo biológico*

En biología Ameghino es también mecanicista como en su cosmología general. Suprime las diferencias esenciales o de naturaleza entre los cuerpos orgánicos y los cuerpos inorgánicos, entre la materia viviente y la materia inerte. A este propósito leemos en su *Credo filosófico*: “No hay diferencia de substancia entre los cuerpos orgánicos y los cuerpos inorgánicos, entre el cuerpo vivo y el cuerpo muerto. Todos los cuerpos, todos los elementos que entran en la composición de los organismos, forman igualmente parte de los inorganismos. Luego la diferenciación entre la materia orgánica e inorgánica es secundaria y no primitiva. Esta diferenciación se ha producido en una época relativamente recientísima, posterior a aquella en que el movimiento concentrante dio a la masa de nuestro planeta la forma de globo terráqueo”¹⁶. Más adelante agrega: “Dado los caracteres físicos de los organismos, es claro que éstos sólo pudieron aparecer cuando ya la condensación de nuestro globo estuvo suficientemente avanzada y la temperatura fue suficientemente baja para que los albuminoideos no se coagularan. Es decir, que los organismos tuvieron un principio, y como no están constituídos por substancias dis-

15. F. AMEGHINO: *Ibidem*. Pág. 225.

16. F. AMEGHINO: *Ibidem*. Pág. 225.

tintas de las del mundo inorgánico, cabe una sola explicación: que los organismos son el resultado de la transformación de los inorganismos”¹⁷. El mecanicismo metafísico de Ameghino, compatible con el pluralismo de los cuatro infinitos, le hace considerar las diferencias entre los seres orgánicos y la realidad inorgánica, como sólo cuantitativas y de complicación. “La vida no es más que una modalidad más complicada del movimiento”. Su interpretación mecanicista niega el carácter teleológico de los seres vivos. El universo es un enorme mecanismo. En Ameghino, como en Spencer, encontramos dos concepciones de la realidad unidas: el evolucionismo y el mecanicismo. Se trata de un evolucionismo mecanicista, expresión que encierra oposición en sus términos. El concepto de evolución quiere explicar lo nuevo en la realidad, lo que no se identifica con los antecedentes. La explicación mecánica, en cambio, reduce el efecto a la causa. Para el mecanicismo no hay novedad en el universo. Evolucionismo mecanicista es un ilogismo. Hay un traqueteo interno en esa interpretación.

La cantidad de materia viviente en el universo es constante. Es una consecuencia del principio de la conservación de la materia y la energía. Esa cantidad o coeficiente de materia viviente está determinada, a juicio de Ameghino por uno de los “cuatro elementos organógenos que constituyen la base de la materia bioide. No pueden ser ni el hidrógeno ni el oxígeno que existen en cantidades inmensas formando parte del mundo inorgánico. Tampoco puede ser el carbono, que es igualmente abundante, y que en forma de ácido (anhidrido) carbónico, sale constantemente de las entrañas de la tierra en cantidades extraordinarias”¹⁸. Ese elemento es el nitrógeno, puesto que existe en el globo terráqueo y se encuentra libre en la atmósfera o en combinación en los organismos, o en los derivados de origen orgánico. La interpretación mecanicista de Ameghino vuelve una vez más en las consideraciones supradichas y en el paralelo que traza en la “máquina viviente” y la “máquina a vapor”. Reduce el organismo a mecanismo.

17. F. AMEGHINO: *Ibidem*. Pág. 226.

18. F. AMEGHINO: *Ibidem*. Pág. 227.

10. *Evolución espontánea, irreversibilidad biológica y concurrencia vital*

Ameghino admite la evolución espontánea para explicar la formación y aparición de los organismos, a partir de la transformación de los inorganismos. A la dificultad de saber por qué si la evolución de la materia inorgánica se realizó una vez, no se realiza, en cambio, actualmente, responde diciendo que no se repiten las condiciones del proceso evolutivo. Con otras palabras: la evolución es irreversible. Los primeros organismos se constituyeron por evolución espontánea. La constitución espontánea de la materia viviente es un fenómeno que se ha realizado una sola vez y no puede volver a producirse. “Es —dice Ameghino— una de las etapas de la evolución de la materia periférica de los mundos que marchan hacia una mayor densidad, etapas que en la evolución progresiva se suceden pero jamás se repiten”¹⁹.

La vida para nuestro autor es la resultante de dos movimientos opuestos: el movimiento concentrante o hacia una mayor densidad, producido por las combinaciones primarias de los elementos organógenos y por el movimiento de la tierra hacia una mayor concentración, y el movimiento radiante producido por la absorción del movimiento calorífico solar directamente, e indirectamente bajo la forma de alimentos. Es claro, piensa Ameghino, que la materia que constituye la envoltura periférica de los demás planetas ha pasado o tendrá que pasar por esta etapa. Considerada desde este punto de vista la pluralidad de los mundos habitados es un hecho evidentísimo²⁰. De lo que no tiene Ameghino conciencia crítica es de los supuestos mecanicistas de sus deducciones. Si se llevara a sus últimas consecuencias esos supuestos tendríamos que los organismos se reducen a mecanismos, éstos a materia, espacio, tiempo y movimiento, la materia a coexistencia de puntos en el espacio, el tiempo y el movimiento.

19. F. AMEGHINO: *Ibidem*. Pág. 229.

20. F. AMEGHINO: *Ibidem*. Pág. 230.

representados en el espacio, y el espacio reducido a geometría. El mecanicismo implica una interpretación espacializada y geométrica de la realidad.

La cantidad de materia viva es invariable y la masa total que representan los organismos es forzosamente limitada. Unos seres tienen que sucumbir para que otros puedan vivir. La causa de la concurrencia vital reside en que la cantidad de materia viva es constante. "Si los organismos pudieran nutrirse con materias inorgánicas con exclusión del nitrógeno y asimilárselas en cantidad indefinida, no habría límite a su multiplicación mientras hubiera materia disponible. Pero ello no es así porque, como la cantidad de materia viva está limitada por la cantidad de nitrógeno disponible, los organismos sólo pueden nutrirse a expensas de la materia organizada u organizable... y de ahí la concurrencia vital. Unos seres tienen que sucumbir para que los demás puedan vivir"²¹.

11. *La muerte. El molde filogenético.*

Causas de la evolución orgánica

¿Qué concepto tiene Ameghino de la vida y de la muerte? "La vida en conjunto —contesta el autor— es una suma de movimiento invariable, siempre la misma, ya se efectúe por una inmensa cantidad de organismos o por un número muchísimo menor. La cantidad de movimiento vital es invariable e indestructible. Inútiles serían los cataclismos, las epidemias, etc. La destrucción inmediata de unos seres traería como consecuencia el inmediato aumento proporcional de otros"²². Extiende así el principio de la conservación del movimiento o de la energía de la física clásica al dominio de la biología.

De la muerte tiene también una interpretación mecanicista. "La muerte es una cesación del movimiento vital, y ella no puede ser sino parcial: sólo afecta al individuo y a menudo a una mínima parte de

21. F. AMEGHINO: *Ibidem*. Pág. 231.

22. F. AMEGHINO: *Ibidem*. Pág. 231.

él”²³. Para Ameghino los seres en sus formas más simples y primitiva, la monocelular, son inmortales. “Viven durante todo el tiempo que se encuentran en un medio favorable a la continuación de sus movimientos. Sólo mueren devorándose unos a otros o envenenándose con los productos de la desasimilación. Los microbios de la creta que se encuentran en capas que remontan seguramente a millones de años, todavía están vivos o son susceptibles de volver a la vida”²⁴. Interpreta los organismos más complicados como agregados, no como individualidades autónomas, como colonias o agrupamientos de individuos de organismos simples, distribuidos en grupos que cumplen diferentes funciones.

En los organismos policelulares la muerte es una cesación de las funciones biológicas que cumplen uno o más grupos de colonos. “La descomposición cadavérica no es un resultado de la muerte o de la cesación del movimiento vital, sino de la multiplicación inmediata de millones de microorganismos que desorganizan, destruyen la colonia y concluyen por envenenarse a sí mismos con sus propias secreciones. La muerte que llamamos natural es una cesación del movimiento en el funcionamiento de la colonia, producida por el entorpecimiento en el funcionamiento de sus distintas agrupaciones²⁵. Esta concepción mecanicista y sumativa de elementos del organismo la encontramos también en este pasaje del *Credo filosófico*: Nosotros no somos individualidades autónomas, puesto que somos colonias de infinitos organismo. ni muere con nosotros nuestra individualidad colectiva puesto que la transmitimos a nuestros sucesores. Tampoco somos colectividades independientes, puesto que somos una continuación de nuestros antepasados, a partir de los primeros basibios, un conjunto de todos sin excepción, pues siendo la materia viva siempre la misma, ha pasado sucesivamente por todas las formas de organismos, perfeccionándose gradualmente en una serie infinita de evoluciones²⁶. En esta

23. F. AMEGHINO: Ibidem. Pág. 231.

24. F. AMEGHINO: Ibidem. Págs. 231-232.

25. F. AMEGHINO: Ibidem. Pág. 232.

26. F. AMEGHINO: Ibidem. Pág. 236.

filosofía cientista desaparece el concepto de organismo como tal, puesto que no se toma en cuenta el aspecto telético del mismo. No se comprende el concepto de organismo sin el concepto de *telos* de finalidad. El corazón no es simplemente una máquina aspirante e impelente. Mueve la sangre para la conservación del organismo. La sangre no se mueve en el organismo como en el tubo de una probeta o de un matraz. El estómago alimenta y se alimenta él mismo. Los instintos de conservación, nutrición, defensa, reproducción, etc. tienden a la perduración del individuo y la especie. En la concepción de muerte de Ameghino están demás los cementerios y las pompas fúnebres...

Ameghino admite la ley biogenética de Haeckel: la ontogenia es una reproducción abreviada de la filogenia. En su prolongación en el tiempo, las líneas filogenéticas de los distintos organismos constituyen moldes indestructibles. La diferenciación, ampliación y perfeccionamiento de los organismos se explica por la adaptación constante de los organismos a su medio, el cual también evoluciona constantemente. La necesidad de adaptarse hace que aparezcan los órganos destinados a cumplir las funciones nuevas. A su vez estos órganos aparecen en las generaciones sucesivas en edad más temprana, hasta pasar al período embrional. Otro tanto se puede decir de las funciones y caracteres psíquicos. La explicación de todas estas funciones vitales y psíquicas sigue los cauces del biologismo mecanicista.

12. *Idea de hombre y escatología*

La filosofía de Ameghino termina, como la de Haeckel, con planteos escatológicos. El autor alemán en su libro *Enigmas del Universo* había incluido la naturaleza y la historia en el proceso evolutivo universal. Dentro de su evolucionismo mecanicista aparece —como un ilogismo— la afirmación de que la finalidad última de la naturaleza es Dios. En Ameghino ocurre lo mismo. Su *Credo filosófico* culmina en una escatología, elaborada con deducciones completamente alejadas de la experiencia y los conocimientos de las ciencias positivas.

La escatología de Ameghino afirma que la materia viviente es indestructible y que por tanto es inmortal. Los organismos no se gastan por la edad —por el paso del tiempo—, sino porque la desasimilación es mayor que la asimilación. Este fenómeno se produce porque los distintos órganos, con los años, comienzan a mineralizarse, haciéndose más lento el movimiento de la vida, hasta que cesa por completo y sobreviene la desagregación del conjunto, que tal es la muerte para el sabio argentino. Piensa que llegará un día en que el hombre retardará poco menos que indefinidamente aquel proceso de mineralización. “No creó que la muerte deba ser siempre una consecuencia inevitable de la vida”. Los organismos unicelulares, en determinadas condiciones, son inmortales. Es así, escribe Ameghino, cómo algunos organismos han alcanzado como límite natural de su movimiento vital un espacio de tiempo que, en algunos casos, sobrepasa varios miles de años.

En Ameghino, a diferencia de Haeckel, hay un pluralismo metafísico. Son cuatro los principios o infinitos con que explica la realidad del universo. En el pensador alemán reconocemos un hilozoísmo monista, con sesgo panteísta, puesto que Dios se convierte en principio animador de la materia en el universo.

En el pluralismo ontológico de nuestro autor el movimiento de la vida la materia de la vida son inseparables. La materia se sirve del movimiento para renovarse. Para que esa renovación pueda realizarse es indispensable que una parte, una mitad, sirva de alimento a la otra mitad, aunque es indiferente que esas dos grandes masas de materia viviente estén divididas entre más o menos individuos.

Sostiene Ameghino que no contradice las leyes naturales, la posibilidad que pudiera existir un cierto número de organismos inmortales que vivieran constantemente del resto del mundo orgánico. Existe la posibilidad de la inmortalidad humana. “Para prolongar la longevidad —escribe el autor de *Filogenia*—, para prolongarla indefinidamente, es indispensable que el organismo no obstruya el funcionamiento de sus órganos con materia inerte”. Afirma que el hombre, con su saber,

podría encaminar la evolución, darle dirección y situarse resueltamente en el camino de la inmortalidad.

Corona su escatología con ciertas reflexiones ultrametafísicas, que no revelan mucho espíritu crítico, esencial en los filósofos y deseable sobre todo en los que cultivan la filosofía científica. Héla aquí: "A nuestros lejanos descendientes dotados de una longevidad de miles de años; con el saber innato de sus antecesores heredados bajo la forma de instinto; con órganos de los sentidos mucho más perfectos que los del hombre actual; con una materia pensante infinitamente superior, les será posible resolver los graves problemas del universo que todavía se nos presentan en forma de lejanas nebulosas, y sólo entonces se habrá cumplido lo que dice el profético versículo de la Biblia... que el hombre sea la imagen y semejanza de Dios ²⁷. Es curiosa esta referencia a Dios en una concepción evolucionista mecánica, pluralista y determinista, que cierra el credo filosófico de Ameghino. Cabe preguntarse si la referencia es a Dios o a la idea de Dios. También en Haeckel asistimos a parecidos delirios metafísicos. Pero si Dios es indispensable dentro de la explicación evolucionista y mecancista, hay que preguntarse: ¿para qué los cuatro infinitos? ¿No basta con Dios solo?"

Ameghino, eminente paleontólogo, autor de una antropogenia discutida entre los hombres de ciencia, elaboró una concepción del mundo con notables influencias haeckelianas y escaso espíritu crítico y filosófico. Esta situación es frecuente entre los positivistas y cientistas argentinos. Los problemas fundamentales de la filosofía no les afectaban y hasta se puede afirmar que ninguno de ellos, ni en la generación del 80 ni en la del 94, dominaban críticamente su propio positivismo o su filosofía cientista. Algunos de ellos, como Alfredo Herrera, quisieron ensanchar sus posiciones abriéndose a las críticas de los epistemólogos y los axiólogos de la época, y tanto las alargaron y ensancharon que dan la impresión de que perdieran la forma, sus doctrinas.

27. F. AMEGHINO: Ibidem. Pág. 236.

Hay que reconocer, sin embargo, la talla de Ameghino como investigador en el campo de la paleontología, donde constituye, sin lugar a dudas, el más impotente hombre de ciencia argentino del siglo XIX. Y si se se piensa que fue autodidacto en la ciencia, que llegó demasiado tarde a la filosofía, y la cultivó en forma intermitente, tenemos una perspectiva adecuada para estimar debidamente su labor científica y su esfuerzo para alcanzar una visión filosófica integral que diera respuesta a los enigmas que la ciencia no podía resolver y que satisficiera el afán de incondicionado y absoluto que alentaba en su espíritu.

RESUMEN

1º — En el trabajo se presenta, en primer lugar, las manifestaciones filosóficas de las generaciones del 80 y el 96, sus figuras más representativas y las ideas filosóficas del sector positivista, donde se sitúa Florentino Ameghino.

2º — Se caracteriza la metafísica de los Sabios de la Ciencia de la época, con respecto a la posición de la filosofía tradicional y al idealismo crítico. Se ubica el pensamiento del autor de "Filogenia" y "Mi credo filosófico" dentro de aquel marco de referencias filosóficas.

3º — La educación intelectual y filosófica de Ameghino, así como las influencias recibidas y las elaboraciones propias, son objeto de un estudio particular.

4º — Los principios fundamentales de la Metafísica de Ameghino son examinados en sus obras "Filogenia" y "Mi credo filosófico". La características de su posición doctrinaria son presentadas y analizadas: su mecanismo energético y su evolucionismo mecánico, su concepto de la naturaleza y la estructura de la materia, su cosmología, su teoría del conocimiento y su interpretación de las leyes científicas.

5º — Es objeto de un estudio especial el mecanismo biológico del gran paleontólogo. Se presentan sus ideas con respecto a la evolución espontánea, la irreversibilidad biológica y la concurrencia vital, el molde filogenético, las causas de la evolución orgánica y el concepto de la muerte.

6º — Finalmente, se estudia la idea del hombre y la escatología de Ameghino. Si se piensa que fue un autodidacta en ciencia y llegó tarde a la filosofía, cultivándola en forma intermitente, tenemos una perspectiva adecuada para estimar debidamente su labor científica y su esfuerzo para alcanzar una visión filosófica integral que diera respuesta a los enigmas que la ciencia no podía resolver y que satisficiera el afán de incondicionado y absoluto que alentaba su espíritu.